

Prólogo

Hace seis meses, Londres

El profesor Arnold Ludlow abrió el antiguo diario y el olor a rancio despertó su entusiasmo. Ése era el manuscrito que había estado rehuyéndole cuatro décadas, cuya existencia se apoyaba en algunas oscuras alusiones y rumores sin corroborar. Sin embargo, él no había perdido la fe. Ya lo tenía en sus manos y tradujo del latín las palabras de alguien muerto hacía mucho tiempo.

Patio del monasterio de Weymouth
Primero de mayo de 1097

No había ningún poste al que los monjes pudieran atar al prisionero, así que el abad John dio orden de que le ataran al gran olmo. El árbol estaba medio muerto porque lo había alcanzado un rayo la primavera anterior. La mitad del tronco se había convertido en madera seca y quebradiza que pro-

pieran mis sagrados votos a la Iglesia, aunque las repercusiones de mi rebelión tuvieran eco durante la eternidad, Amado Dios, eso no podía hacerlo.

Pero el abad John tenía otras intenciones. Encendió su antorcha con la vela y luego se la pasó a uno de los otros monjes, indicándome que me quedara a su lado. Me pareció ver esbozarse una sonrisa en los labios del abad, aunque no se dijo nada más. Después se giró bajo la luz de la chisporroteante vela de manera que su prisionero pudiera presenciar el único acto que podría hacer surgir un grito de arrepentimiento. De entre sus ropas el abad extrajo la desgastada caja de madera, aún envuelta en un paño hecho jirones.

La mirada del hereje se fijó en el envoltorio y luego me localizó. Sólo entonces vi el miedo surgir en sus ojos; miedo no por sí mismo, sino por algo mucho más grande, aquello que se encontraba dentro de la caja de madera que se desmoronaba. Como había sucedido en nuestra juventud, compartí con el hombre al que ahora llamaban hereje un terror singular, inigualable. ¿El abad podría cometer una atrocidad muchísimo mayor que quitar la vida de un solo inocente? ¿Podría llegar a cometer un sacrilegio contra el hombre y contra Dios más terrible de lo que se podía imaginar?

El profesor Ludlow frunció el ceño. Pistas, sugerencias, insinuaciones. Nada más. Sus ojos se fijaron en un pequeño trozo de pergamino que estaba metido en la parte de dentro de la cubierta cosida a mano. Parecía haber sido escrito con toda rapidez, pero la tinta permanecía oscura y legible.

Cuidadosa y lentamente, el profesor extrajo el mensaje oculto de la cubierta. Lo leyó, sonrió, suspiró profundamente y cerró el diario por el que pronto daría su vida.